CRONICA POLITICA

POR

JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO

El vacío alemán

Puede haber quien prefiera el pacífico Imperio austrohúngaro a la belicosa Prusia de los Hohenzollern. Uno es de ésos. Pero el primer Imperio es muy difícil de resucitar, y en cambio, todavía es tiempo de reparar algo de lo que los vencedores de 1945 destrozaron, pisoteando a una nación que si, equivocadamente, pudo querer encerrar a Europa dentro de sus fronteras, evidentemente, dentro de sus fronteras, es necesaria para Europa.

En el año 1806, Napoleón exponía la función de Polonia. «Mientras que tal reino—decía—no sea rehecho, Europa estará sin frontera del lado de Asia, y Austria y Prusia se hallarán frente a frente del mayor Imperio del universo.» En el año 1919, entre tantas insensateces como entonces se cometieron, se hizo, por lo menos, una cosa cuerda: colocar, entre Europa y Rusia, el tapón polaco. A los veinte años, el tapón saltó. Un IV Reich moderadamente nacionalista pudo haber sido el nuevo Estado-tapón que en 1945 había que colocar en el camino de Berlín, en vista de que se optaba por abandonar toda posibilidad de situarlo en Varsovia. No se hizo así, y se creó en el corazón del continente un enorme vacío, que naturalmente atrajo hacia sí a los grandes poderes limítrofes. Con ello, la frontera de Europa, que pudo haber quedado en el Vístula, retrocedió hasta el Elba, y donde debió haberse conservado un Estado, se montó un caos económico, político y moral, al que sólo han ido po-

niendo remedio la capacidad de recuperación, rayana en lo milagroso, de los alemanes, y el giro obligado por parte de sus ocupantes.

«Las Alemanias».—Unicamente Francia, que se ha distinguido siempre por reaccionar con retraso, y miraba a España cuando su rival era ya Inglaterra, y a Austria cuando lo era Prusia, y ahora aparece como hipnotizada por el Hitler que espera ver surgir de los escombros de la Cancillería berlinesa, sin comprender que el Hitler a quien más puede temer está muy vivo, en su despacho del Kremlin; Francia, digo, ha aireado la rancia tesis de «las Alemanias», que en su día expuso con lógica mayor el mismo Maurras a quien sus compatriotas tienen encarcelado por «germanófilo». Si hay que hacer un Estado alemán, vienen a pensar los franceses, que sean «unos» Estados alemanes, y que Francia respire, como en los tiempos del gran Cardenal. Ahora bien, cuando exhuman el testamento político de Richelieu, uno comprende a los franceses. El mismo Maurras, alguna vez, reprodujo al frente de uno de sus libros la inscripción de una tal «Casa Blanca», situada en los alrededores de Crécy, en el Oise: «La Casa Blanca, edificada en 1728, saqueada por los prusianos en 1814, incendiada por los rusos en 1815, reconstruída en 1835, saqueada e incendiada por los bávaros en 1870, reconstruída en 1877, saqueada y arrasada por los alemanes de 1914 a 1918 y reedificada en 1920.» Aun pudo ostentar la inscripción otra fecha—comentaba Maurras—, de haber estado situada la Casa algo más al Este: la invasión de 1792. Y la de 1940, podemos añadir. Un país que en menos de un siglo ha sufrido las tres grandes riadas de 1870, 1914 y 1940, se ha ganado, sin duda, un cierto derecho a desconfiar. Pero es que ahora no tiene opción. «Unas» Alemanias, hoy, frente a «una» Rusia, carecen de sentido, y sólo una política que se gane a la Alemania post-hitleriana como la Santa Alianza se ganó en 1815 a la Francia post-napoleónica, y se la gane ofreciéndole lo que necesita, podrá ahorrarle a los franceses el riesgo de otra riada, que esta vez sería, no germana, sino rusa, y quién sabe si las dos cosas a la vez.

El «hombre fuerte» y la Constitución de Bonn.—A Lucius D. Clay se le ha llamado «rey de Alemania», colocándole en la dinastía de «señores de hierro» del Reich: Bismarck, Guillermo II, Hitler... y Clay. Este, adelantándose osadamente a muchas rectificaciones de los gobernantes de su país, dió el giro decisivo en la política aliada sobre Alemania. Si una Alemania total, la hacía imposible el reparto de zonas de ocupación con los rusos, había que ir a una Alemania occidental: La fusión de las zonas de ésta, la diso-

lución del Consejo supremo de control aliado, la suspensión del desmantelamiento de las fábricas de acero del Ruhr y la ayuda del Plan Marshall, fueron dejando en puro recuerdo la Alemania de agricultores y pastores que preconizaba Morgenthau. Un Estado alemán occidental, de 48 millones de habitantes y con las tres cuartas partes del territorio del antiguo Reich, no es desdeñable, y menos, si ya llegan sus industrias a producir el noventa por ciento de las cifras de 1936, y los productos «made in Germany» vuelven a aparecer en los mercados. Ese Estado tiene ya una Constitución y una bandera: la roja, negra y oro de 1848.

La Constitución, probablemente, es todo lo que puede ser. Ni los aliados permitirían mayor centralismo ni menos parlamentarismo. Que la Constitución perdure, tal como es, ya es otro cantar. Las sirenas del federalismo pueden cantarle seductoras a países como Baviera, recelosos siempre de la «prusianización» que desde Berlín se operó en tiempos pasados; pero mejor haría Baviera, probablemente, en prepararse para compensar—ahora que Prusia está del otro lado—la labor belicista y protestante de aquélla, que tanto daño le ha hecho al Reich, sin empeñarse en ir contra corriente de una tendencia centralista que impone la realidad y que día a día se irá afirmando, por los mil intersticios que aun la Constitución más meticulosamente redactada tiene que ofrecer.

Lo mismo diré del parlamentarismo. No son Gobiernos de Asamblea, minados por las corrosivas minorías comunistas, lo que Europa necesita, sino regímenes fuertes, capaces de encararse sin pestañear con situaciones de excepción. Un Estado que llene el vacío alemán, es una buena medida: mejor medida sería, si ese Estado no es un Estado vacío. El alemán de la calle quiere, no un presidente servidor ciego de un Parlamento, sino «un hombre fuerte», y, nos guste o no, podemos prever que, si de la Constitución archidemocrática de Weimar pudo salir un Hindenburg y después un Hitler, aupados en el artículo 48 de aquélla, algún artificio se encontrará para que de la Constitución de Bonn surja el Estado-tapón que todavía no se atreven sus ocupantes a echar a andar.

El socialismo europeo

Uno no quiere arriesgarse a dilucidar por qué, en la Europa actual, no hay otra barrera efectiva, cara al Este, que los Pirineos, ni más primera línea, aunque en potencia aún, que la alemana; uno no pretende afirmar ni negar que haya en Europa pueblos demasiado cansados históricamente para mantenerse en pie; uno se limita a ase-

gurar, esto sí, que algunos pueblos europeos se apoyan en un bastón demasiado seco, y que, si han de hincarlo fuertemente en el suelo para sostenerse, acabará por quebrarse, dando con el inválido en tierra.

INGLATERRA EXPORTA LABORISMO.—Lo que es ahora, no pueden faltarles motivos de preocupación a los gobernantes ingleses. Ha venido lo de Irlanda. Sucedió lo de la India, que no se conforma con un Commonwealth «británico», ni con llamarse «Dominio», ni con que el Rey Jorge sea otra cosa que «el primer ciudadano del Commonwealth». Hoy está en juego la suerte toda del Commonwealth. Mas, por encima de todo, en cuanto a sintomáticos, están los cañonazos de los comunistas chinos contra el «Amethyst» y otros navíos de guerra de Su Majestad; el «atroz insulto», según Churchill, a quien se debe esta tremenda acusación al laborismo gobernante: «adondequiera que volváis los ojos, veréis el repulsivo espectáculo de británicos que están siendo tiroteados o insultados en alguna parte del mundo».

En vista de ello, el Gobierno británico exporta laborismo.

No se trata con ello de disimular méritos. El laborismo ha conseguido «socializar» a los conservadores, convertirse en lo que menos podían imaginarse algunos cuando en 1893 apareció el «Independent Labour Party»: un partido turnante y ordenado de gobierno, pacífico sucesor del partido liberal, y, en fin, evolucionar, desde su originaria rusofilia, a su posición actual, navegando para ello por los mares a veces procelosos de sus afiliados. La parábola política descrita por la voluminosa personalidad de Mr. Bevin es la más tangible representación de la que ha recorrido su propio partido. Es lástima que éste persista aun en dos cosas: ser hostil al régimen español y ser socialista.

Porque ha persistido, desde el Poder, en considerarse socialista, es dudoso, cuando menos, que alguien se atreva a calificar de éxito rotundo su actuación. Un divertido cálculo que se presenta como oriundo de algún rincón de Fleet Street, llega a la conclusión, obtenida a través de métodos rigurosamente matemáticos, de que, de los 46 millones de habitantes del Reino Unido, y deducidos los incapaces por su edad u otras circunstancias, los empleados del Gobierno, los que sirven en el ejército y los funcionarios, únicamente quedan para trabajar dos personas: la que hace el cálculo y la que lo lee, y la verdad es que los laboristas han contribuído brillantemente a las dificultades británicas con su política de las mil y una nacionaliza-

ciones. Lo peor es que las cosas no han parado en el terreno de lo económico.

Que Inglaterra haya sido durante muchos años un país dividido en dos especies de gentes: los «highbrows» y los «lowbrows», es decir, los capaces de leer el «Times» en perfecto «King's English» o inglés distinguido, aprendido en las «Public Schools», y los que pronuncian las haches como Mr. Bevin, ministro de Su Majestad, podrá no resultar muy simpático, pero, en su conjunto, no ha dejado de ser considerablemente beneficioso, en cuanto síntoma de la existencia de una aristocracia eficiente, quizá la única aristocracia eficiente que se conservaba en el mundo. Ahora, eso está terminando y con ello, la Inglaterra de las casas de campo con oscuros interiores de roble y grandes parques verdes con lagos y pavos reales. A esa Inglaterra, que hizo algunas grandes cosas, los laboristas la han aplicado la piqueta del socialismo tributario, y, con impuestos que llegan el 97 y pico por ciento de la renta, se dirigen ahora, una vez liquidados los nobles, contra la clase media. Si se les deja, acabarán por hacer del país menos funcionarista del planeta, una burocracia socialista, esto es, largas «colas» para emigrar a los Dominios, pobreza y cansancio, y una ducha de agua fría apagando la llama de la iniciativa individual.

Pero el laborismo inglés, por lo menos, efectúa esa revolución profundísima sin quitarle la peluca a los jueces ni cambiarles el pintoresco uniforme a los guardias de la Torre de Londres; lo peor es cuando embala su doctrina y la exporta al continente.

La disolución del socialismo europeo.—Inglaterra, que cada día es menos un mundo aparte, ha empezado hace unos pocos años a contemplar en el Canal, no un foso, sino un camino; ha comenzado a sentirse europea. Lo malo es que este sentimiento ha pretendido monopolizarlo Mr. Bevin y ofrecérselo a Europa, pero envuelto en papel de marca socialista.

Hay motivos para dudar de la capacidad directiva de los ingleses, apenas tienen que ejercerla sobre quienes no lo son. Si el Reino Unido es una maravilla de arte político, Irlanda es una apreciable muestra de lo que no saben hacer los ingleses cuando se han de poner en relación con quienes no se comportan como ellos mismos. Inglaterra, con respecto de Europa, sólo ha sabido exportar revoluciones; disparar cohetes, esto sí, sin quemarse los dedos. Ahora, sin querer jugar al juego de Palmerston, Bevin ha conseguido efectos semejantes, por empeñarse en identificar dos cosas tan diversas como son laborismo británico y socialismo continental.

El socialismo británico es socialismo, y por eso, Inglaterra se descompone; pero es británico, y por esto, la descomposición se verifica dentro del mayor orden. El socialismo continental, además de socialismo, es continental, y por ello, se está convirtiendo en comunismo, dentro del máximo desorden.

No están los mismos ingleses exentos de filocomunistas, y lo prueban las expulsiones de Zilliacus y Solley del «Labour Party» y la advertencia hecha a 58 rebeldes más; pero es en el continente donde el progresivo desplazamiento de los Sindicatos franceses hacia la extrema izquierda, y las escisiones del socialismo italiano, que ya es socialismo triple (el gubernamental de Saragat, el centrista de Romita y el más numeroso de Nenni, filocomunista), dejan en mal lugar al sueño británico de una Europa socialista, árbitro entre el capitalismo de Wall Street y el comunismo de la Plaza Roja.

Que el socialismo no sea dueño de Francia ni de Italia nos permite esperar que aun queden en Europa corazones calientes. En la misma Inglaterra, las recientes elecciones han representado la primera respuesta de las clases medias a la política laborista, y han sido por ello, como dice Eden, «un espléndido mensaje» dirigido a los conservadores, y que éstos deben saber recoger, comprendiendo que, más que a favor de ellos, el cuerpo electoral ha votado contra el «presupuesto de lágrimas» que había llegado a ser el laborista. Pero lo mismo que allá, sucede en el resto de Europa. Se estará quizá «contra» un partido, pero no hay partido «por» el cual se está decididamente. Ni De Gasperi, ni De Gaulle, ni el equipo de Mr. Churchill, aun solos, son una garantía absoluta. Mas, al menos, pueden representar algo de lo que Europa necesita; un poco de realismo en sus gobernantes.

Puede que con esos equipos, a la larga, no se viera privada Europa de una de las dos únicas columnas en que, hoy por hoy, podría apoyarse; quizá, a más de acelerarse la reconstitución de Alemania, se dejara de especular en White Hall en torno a la quimera de un cierto señor Prieto, amigo de Mr. Bevin, gobernando una España firmemente socialista y rabiosamente anticomunista.

Otra vez «el caso español»

Escrito lo anterior, ¿qué me queda por decir sobre el mal llamado «caso español», que ni es tal «caso» ni, en cualquier supuesto, es español? No me interesa excesivamente reproducir aquí los argumentos de España, puesto que quienes, en Nueva York, rechazaron la propuesta polaca, han hecho nuestra mejor defensa. Jurídicamen-

te, no hay «caso»; si la proposición de Polonia recogía, punto por punto, el repertorio de acusaciones—ni siquiera ingeniosas—contra España, y esa proposición ha sido derrotada, es claro que, mediante el supremo argumento democrático de una mayoría de votantes, ha quedado demostrado que aquello que se decía en 1946 no era verdad. En cuanto a la campaña, que tan decisivo influjo tuvo en algunos miembros de la O. N. U., sobre los derechos de los no católicos en España, sus orígenes están demasiado a las claras, y son lo suficientemente turbios para que no nos importe sino deplorar que católicos y hombres no católicos, pero de buena fe, nos reprochen una tolerancia que, al no convertirse en plena libertad pública de cultos, responde mejor al dogma católico, no vulnera ningún derecho natural del hombre y está perfectamente acorde con la mínima entidad de las confesiones no católicas en nuestra Patria. Importa más destacar, desde el punto de vista de esta crónica, el papel que en la conjunta internacional contra España han jugado dos de las naciones que quizá mañana acudan a nosotros, como ya lo hicieron en los días de prueba pasados: Francia e Inglaterra.

Más exacto sería decir los socialismos de Francia y de Inglaterra, y aun todos los socialismos europeos, puesto que, reunidos éstos cerca de Utrech, en Baarn, no han sabido ponerse de acuerdo sino para contemplar los tulipanes y condenar el régimen de Franco. Nada de ello puede sorprendernos; ni en los socialismos continentales, por lo que tengan muchos de comunismo, ni en el socialismo inglés, que no por menos revolucionario deja de ser inglés, y por esto, capaz de todo menos de ponerse mentalmente en el lugar de otras gentes, de la misma manera que son incapaces los naturales de las islas de prescindir de su etiqueta o de su té ni aun en el trópico, o de dejar de aplicar a otras naciones y en cualquier tiempo las normas de buena crianza política manufacturadas en Westminster y allí condicionadas para la exportación. Esta incomprensión, que es, además, negativa previa a todo esfuerzo por enterarse de lo que sucede fuera de la isla, es común, por supuesto, a laboristas y a conservadores, sólo que, en los segundos, el vigoroso realismo que aún poseen, como un legado de los buenos tiempos imperiales, puede permitirles disimular una ignorancia que aparece al desnudo en los doctrinarios del laborismo.

Por éstos se han detenido las decisiones que eran presumibles, allí donde termina la equivocación bienintencionada y empieza la inconsecuencia rencorosa, y por ellos España tiene que apartar su atención inmediata de unas tierras donde únicamente podía recla-

marla el deber, para dirigirse a aquellas otras del Oeste y del Sur, en las que se conjugan, para nosotros, amor, simpatía e interés. Aunque es probable, sin embargo, que ni aun así, y a despecho de los propios europeos, dejemos de servir, y de la manera mejor, a Europa.

IRLANDA, INDEPENDIENTE

No quisiera que acabara esta crónica sin recordar a mis lectores americanos que en esta Europa en que doce naciones se aplastan bajo la servidumbre, se ha libertado un pueblo con el cual nosotros, los españoles, y, claro está, vosotros, los americanos, tenemos bastante de común. Irlanda ha tardado ocho siglos en sacudirse un yugo, cruento a menudo, injusto y molesto siempre. La muchedumbre que en la calle O'Connor, de Dublín, aclamó el 18 de abril la ruptura del último lazo, puramente formal, por lo demás, que aún la unía con un pueblo diferente por carácter, por lengua, por costumbres y por religión, no la componían fanáticos de un separatismo egoísta, sino fieles de una independencia escarnecida.

Los ingleses han procurado amortiguar la escisión con una actitud que se ha calificado de «magníficamente ilógica». Han propuesto que ningún irlandés—irlandeses son Montgomery y Bernard Shaw—haya de ser considerado como extranjero. La medida es digna de quienes con tal maña acertaron a levantar ese Commonwealth que alguien ha definido así: el mayor resultado posible conseguido con el menor esfuerzo posible. Ahora bien, queda por ver si tan perfecta operación financiera, ese espléndido negocio, no se ha tenido en pie sobre unos cimientos, no ya de cálculo material de intereses, sino de espíritu común, inadvertido quizá por los mismos a los que animaba. Si es así, ¿no fallará la fórmula, no está fallando, aplicada a pueblos de espíritu distinto? Este es el caso de los irlandeses. Que son demasiado diferentes. Como decía escandalizado el Coronel Bramble, en Irlanda se pueden cometer impunemente los peores crímenes: cazar el zorro con calzones pardos o pescar el salmón en el arroyo del vecino... Y aunque la experiencia de independencia efectiva de los últimos lustros prueba que también son capaces los irlandeses de vivir solos, bueno será terminar con la historieta que, después de las palabras de su Coronel, cuenta Maurois, porque ella da fe del modo de ser de un pueblo tan similar a los hispánicos. Un año antes de que los irlandeses consiguieran, con el «Home Rule», la autonomía, un parlamentario inglés le comunicaba a un campesino que por fin estaban próximos a lograr sus anhelos. ¡Que el

Señor se apiade de nosotros!, fué la contestación que, estupefacto, recibió. —¡Cómo!, replicó el diputado; ¿ya no queréis el «Home Rule»? —Vuestra Señoría, dijo el irlandés, me vais a comprender... Sois buen cristiano... Queréis ir al cielo... yo también... ¡Pero no esta noche!...

José María García Escudero.
Alberto Aguilera, 26
MADRID (España).